

bre que pensase en alta voz, deja escapar frases que no son sino fragmentos desprendidos del misterioso coloquio que se continúa interiormente. *Bien sabía Yo*, decía Él en la tumba de Lázaro, *que Tú me oyes siempre*. Y en el huerto de las Olivas: *¡Si fuera posible que este cáliz se apartase de Mí!* *No obstante, no se haga mi voluntad, sino la tuya*. Y en la cruz: *¿Por qué me has abandonado?* Diríase que hay otro Él mismo sobre Él, y sin embargo, su igual, á quien adora en silencio, á quien ama sobre todo lo demás, del cual es amado, y con el cual vive en aquella tierna unidad de la cual dijo: *Él y Yo no somos más que uno*.

Además, no hace misterio de esta intimidad interior. Es inagotable cuando intenta hacer conocer á sus discípulos la inefable relación que le une con Aquél invisible más vivo, más presente, más familiar, más visible para Él que el más tierno de sus Apóstoles: *Mi Padre*, así es como le llama, *me ama..... Como mi Padre me conoce, así conozco Yo á mi Padre..... Las palabras que os digo, no las digo de Mí mismo; las he aprendido de mi Padre..... Mi alimento consiste en hacer la voluntad de mi Padre..... Yo y mi Padre no somos más que uno*; y una porción de palabras semejantes que en seguida veremos.

Mas, ¿cuál es, pues, esa relación que existe entre Él y su Padre, esa plena y perpetua morada de Dios en Él? ¿No es más que la relación

que nosotros mismos tenemos con Dios, relación más elevada ciertamente, pero semejante? ¿Es otra cosa? ¿Quién nos lo dirá? ¿Quién lo sabe, sino Él? Vamos, como podemos, dé lo exterior á lo interior; sospechamos, entrevemos; pero, al llegar á cierto límite, la mirada expira. Si Dios está allí, que lo diga. ¡Hemos penetrado hasta el tabernáculo! ¡Oh, Dios, abridlo! ¡Decid si estáis en él! ¡Oh, Jesús! ¿no sois más que un santo, un justo, un hombre más tierno, más profundamente unido con Dios? ¿Hay otra cosa? ¿Hay más? Hablad, hablad. Ya es tiempo, y nuestros corazones, preparados para oíros, responderán á vuestras palabras con el silencio de la adoración y con el gozoso ímpetu del amor.

V

Era ya singular y sorprendente revelación de su verdadera naturaleza aquel gran nombre de *Hijo del hombre*, del cual hablábamos poco antes, que Jesús usaba sin cesar, y que se encuentra más de ochenta veces en los Evangelios. Porque ¿de dónde le habría podido venir aquella singularidad sublime de no ser únicamente un hijo del hombre, como todos los descendientes de Adán, sino de ser *el Hijo del hombre*, el hombre perfecto, en quien se cumple, y sólo por esta vez, el ideal humano? ¿Cómo sólo Él ha realizado cuanto encierra la idea del hombre?

Y ¿cómo se cree Él y se llama, á causa de eso, la cabeza de la humanidad, la cual sólo Él puede levantar, curar, iluminar, á condición de que á Él se una? "El Padre le dió todo poder, porque es *el Hijo del hombre*." ¹ "*El Hijo del hombre* vino á buscar y á salvar lo que había perecido." ² "Si no coméis la carne *del Hijo del hombre*, y si no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros." ³ "Que aquél que quiera ser el mayor sea vuestro servidor, pues *el Hijo del hombre* no vino para ser servido, sino para servir y dar la vida en rescate de muchos." ⁴

Todos estos textos y otros muchos, que expresan unos su elevación sobrehumana por encima del nivel universal, otros su interesante condescendencia y su voluntario abatimiento para llegar hasta nuestra raza caída, forman, á nuestro ver, el frontispicio y como el pórtico brillante de su divinidad.

Pero si se decía *Hijo del hombre*, se decía, más claramente aún, *Hijo de Dios*, su *Hijo único*, engendrado del Padre antes de todos los siglos, bajado del cielo, y único capaz de volver á Él y de hacer ir con Él al género humano.

HIJO DE DIOS, es el nombre que todos murmuran en torno de Él, sin despertar en esta al-

1 JOAN, V, 27.

2 MATTH, XVIII, 11.

3 JOAN, VI, 53.

4 MATTH., XX, 27.

ma tan humilde el menor asombro ni la menor resistencia. Pedro cae de rodillas y le dice: "Tú eres Cristo, *Hijo de Dios vivo*." ¹ Marta: "Sí, Señor, creo que eres el Cristo, *Hijo de Dios vivo*, que has venido á este mundo." ² Tomás, después de haber tocado las llagas de sus pies y de sus manos: "Tú eres mi Señor y *mi Dios*." ³ Y todos los apóstoles, cuando hubo calmado la tempestad: "Verdaderamente eres *el Hijo de Dios*." ⁴

¿Qué responde Jesucristo á todo eso? ¿Por ventura se asombra? ¿Acaso se extremece dolorido é indignado, al ver que se da á la criatura el nombre sagrado é incommunicable de Dios? Tres años más tarde, cuando los pueblos, conmovidos por la doctrina y milagros de Pedro y de Bernabé, se arrojan á sus pies para adorarles, Pedro se indigna, Bernabé rasga sus vestidos, y del honrado corazón de los dos Apóstoles brota una exclamación: "Hermanos míos: ¿qué hacéis? nosotros no somos más que hombres." Recordemos también las delicadas precauciones tomadas por Juan Bautista para no engañar al pueblo. Dice sin cesar: "No soy el Cristo: no soy Aquél á quien esperáis." ¿Y quién ignora la cólera de Moisés, y su noble

1 MATTH., XVI, 13-17.

2 JOAN, XI, 27.

3 ID., XX, 28.

4 MATTH., XIV, 25.

indignación, y el cuidado de ocultar su sepultura, para no arrebatár á Dios la gloria que le pertenece? Aquí nada hay parecido. Todos le llaman Dios. Y este Sér, tan puro y tan humilde, tan santo, tan perspicaz, se deja tranquilamente llamar *Hijo de Dios* y adorar como tal.

Y no solamente acepta este título, sino que felicita, aclama y recompensa á quienes se lo dan. "Bienaventurado eres, dice á Simón, luego que confiesa la divinidad del Cristo; porque no es la carne, ni la sangre, es decir, la preocupación, la ignorancia y las pasiones, quienes ponen esta confesión en tus labios, sino mi Padre que está en el cielo. Y por eso te digo: Que tú eres Pedro, y sobre está piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella." ¹

Jesucristo hace todavía más que aceptar ese título y felicitar á quienes se lo dan; Él mismo lo toma, provoca á aquéllos á quienes quiere salvar ó curar á que se lo den. Dice al ciego de nacimiento: "¿Crees en el Hijo de Dios?" Y el ciego, levantando hacia Él sus ojos recién abiertos, contesta: "¿Quién es, para creer yo en él?" Y Jesús replica: "TU LO HAS VISTO, Y EL QUE TE HABLA, ÉL ES." *Vidiste eum, et qui loquitur tecum ipse est.* Y entonces el ciego se prosterna y le adora. *Et prociens adoravit eum.* ²

1. MATTH., XVI, 13-17

2. JOAN, IX, 35-41.

¿Qué más se quiere? Si Jesucristo no es Dios, ¿no hay en eso una provocación al crimen?

Y para que no se pensase que aquel nombre de Hijo, no solamente lo tiene como nosotros, que somos hijos de Dios por adopción, ó á la manera de esos grandes hombres á quienes se llama divinos, se presenta claramente como *Unigénito* de Dios. Dice á Nicodemo: "Tanto amó Dios al mundo, que le dió su UNIGÉNITO, *ut Filium suum unigénitum daret*, el Unigénito por naturaleza, *unigénitum a Patre*, el Hijo que está en el seno del Padre, *qui est in sinu Patris.*" ¹

Y lo que dijo á Nicodemo en el secreto de una conversación íntima, lo hizo tema ordinario de sus predicaciones en Jerusalén. Afirma su filiación divina, absoluta y eterna, su unidad de esencia con el Padre, en tales términos, que á cada instante los judíos se estremecen, se sublevan, se tapan los oídos, cogen piedras para apedrearle. Y cuando Jesús les dice: "Ante vosotros hice varias obras buenas; ¿por cuál me apedreáis?" saben muy bien contestar: "No es por ninguna buena obra, sino por tu blasfemia, pues que siendo hombre, te haces Dios." ²

Le llevan ante los tribunales, y ni ruegos, ni amenazas, ni súplicas por parte de las almas conturbadas, ni la perspectiva del último su-

1 ID., III, 16.

2 ID., X, 24-37.

plicio, le hacen variar un instante: "Si eres el Cristo, dínoslo." Y Jesús contesta: "Si os lo digo no me creeréis." Los sacerdotes replican: "¿Eres, pues, el HIJO DE DIOS?"— "SÍ, LO SOY" ¹

El gran sacerdote no se satisface con esta respuesta. Quiere plantear la cuestión con toda precisión, en toda su grandeza religiosa: "Te conjuro, en nombre de Dios vivo, que nos digas si eres el Cristo, Hijo de Dios." Y Jesús contesta: "SÍ LO SOY." *Ego sum.* ²

Le llevan á Pilatos. ¿De qué le acusan? Tenemos ley, y según esta ley debe morir, porque se dice HIJO DE DIOS, *quia Filium Dei se fecit.* ³

El pueblo no entiende de otra manera su suplicio, y le insulta hasta en su agonía con este significativo apóstrofe: "Ea, baja de la cruz, si eres el HIJO DE DIOS." *Si Filium Dei es, descende de cruce.* ⁴

Así, Jesús se dice Dios, Hijo de Dios, verdadero Hijo de Dios. No se contenta con aceptar este título, y con felicitar y recompensar á quienes se lo daban. Él mismo lo tomó, en secreto, en público, en las calles de Jerusalén y ante los tribunales. Muere antes que renunciar á él.

1 LUC., XII, 67.

2 MATTH., XVI, 64.

3 JOAN, XIX, 4. 5.

4 MATTH., 40.

Muere por haberlo tomado. No hay que temer equivocación en este punto. Es lo que confiesa la ciencia más racionalista: "La expresión *Hijo de Dios*, dice M. Salvador, era de uso corriente entre los hebreos para designar al hombre de elevada sabiduría, de elevada piedad. *Jesucristo no la empleaba en ese sentido. No hubiera ella causado tan viva sensación.*" Y añade: "La cuestión ya suscitada en el pueblo era ésta: ¿Jesucristo se dice Dios? Mas el Senado, juzgando que Jesús, hijo de José nacido en Belén, había profanado el nombre de Dios, usurpándolo para sí, simple ciudadano, le aplicó la ley de la blasfemia; dictó la pena capital." ¹ Hé aquí el hecho, y ciertamente da que meditar.

Pero lo que llama la atención más aún que la novedad, la audacia, la fuerza creciente de esa afirmación, es, si así me atrevo á decirlo, su intrepidez lógica. Efectivamente, Jesús toma todos los títulos de Dios; reclama todos los homenajes á Dios debidos; y, ¿lo diré? ejerce todos los poderes de Dios. Hémos aquí en lo más vivo de la cuestión; porque cabe discutir acerca de un nombre, sobre el sentido hebraico de una expresión, aunque en ciertas condiciones de claridad, de precisión, como la que acabamos de citar, la discusión sea muy difícil. Mas no es ésa la cuestión. Jesucristo no solamente

¹ *Vie de Jesu-Christ*, t. II, p. 217.

tomó el nombre de Dios, de Hijo de Dios; se apropió sus funciones, sus actos, sus atributos necesarios y supremos. Hé ahí el punto en que la buena fe y la atención deben darse la mano para una solución definitiva.

Notemos primeramente que, llamándose Dios Jesucristo, se distingue claramente de Dios Padre que lo envió y cuyas obras vino á cumplir, á cuya voluntad se halla sumiso, al cual ruega, con el cual habla interiormente: *Mi Padre me ama.....Mi sustento consiste en hacer la voluntad de mi Padre.....Lo que á mi Padre agrada, lo hago siempre.....Rogaré á mi Padre..... ¡Oh Padre, sé que siempre me oyes!* Hé ahí perfectamente establecida la distinción.

Se distingue de igual manera claramente del Espíritu Santo, que en su bautismo se posó sobre Él, que infundió á sus discípulos, que prometió enviárselo como espíritu de verdad y de santidad con la plenitud de todos los dones: *Rogaré á MI PADRE, y os enviaré OTRO CONSOLADOR.—Os digo la verdad; os conviene que me vaya; porque si no me voy, EL PARÁCLITO no vendrá á vosotros; pero si me voy, os lo enviaré.*

Jesús se distingue, pues, claramente del Padre y del Espíritu Santo. Jamás se distingue del Hijo. ¹ Nunca habla de Él como de un sér

¹ Los que se hallen versados en la crítica, fíjense en la fuerza de esta observación. (N. del T.)

distinto. Él es este Hijo. Toma su nombre, y en un sentido que implica nada menos que la igualdad absoluta y substancial con el Padre y con el Espíritu Santo. Oigase y medítese esta página tan luminosamente profunda: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por *Mí*.” Felipe le dice: “Señor, muéstranos el *Padre*, y basta.” Jesús le dice: “Hace tanto tiempo que estoy con vosotros ¿y no me habéis conocido?” Felipe, el que *me* ve, ve también á *mi Padre*. ¿Cómo decís, pues: Muéstranos al Padre? ¿No creéis que *Yo estoy en el Padre*, y que *el Padre está en Mí*? Creed al menos á causa de mis obras. En verdad, en verdad os digo, el que cree en *Mí*, hará también las obras que yo hago, y las hará mayores; porque voy al Padre, y todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el *Padre* sea glorificado *en el Hijo*. Si me amáis, guardad mis mandamientos, y *Yo* rogaré al *Padre*, y os dará *otro Paráclito*, para que more siempre en vosotros *el Espíritu de verdad* que el mundo no puede recibir; porque no lo ve y no lo conoce. Si alguien me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y *nosotros* vendremos á él, y *nosotros* permaneceremos en él.” ¹

Hé ahí claramente las tres personas de la

I. JOAN, XIV, 6.

Santísima Trinidad. Hé ahí su unión y su distinción. Y en estas tres personas, Jesús es el Hijo. En calidad de tal, afirma su preexistencia real y consciente antes de que existiese el hombre; ¡qué digo! antes de que el mundo comenzase. “*En verdad, en verdad os digo, antes de que Abraham existiese (comenzase á ser), EXISTO YO.*”¹ Y en la oración de la Cena: “*¡Oh Dios! glorificadme de nuevo con la gloria que en Ti he tenido, ANTES DE QUE EL MUNDO EXISTIESE.*”² Y de ahí todas estas expresiones extrañas y sublimes: *Yo soy la luz del mundo... El que me sigue no anda en tinieblas. Yo soy el camino, la verdad, y la vida... Yo soy el principio... Yo soy la resurrección y la vida... Yo soy el pan vivo bajado del cielo.* Frases que serían de un loco, si no fuesen de un Dios. Debieran haberle abrasado los labios, y las pronuncia con tranquilidad divina. En medio de tan nuevas declaraciones, no es posible descubrir en Él el más leve pensamiento de orgullo, de ambición ó de vanidad. Habla, obra con la sencillez y el ascendiente de la más patente verdad.

Y no solamente toma todos los títulos que sólo á Dios convienen; sino que, consecuyente consigo mismo, todas las acciones de Dios las

1 LUC., VIII, 5-8.

2 LUC., XVII, 5.

ejecuta Él. Habla como Dios: *Se dijo á los antiguos, y Yo os digo.*¹ Manda como Dios: *Id; enseñad á todos los pueblos; enseñadles á guardar todo lo que os he mandado.* HÉ AQUI QUE ESTOY CON VOSOTROS HASTA LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS.² Perdona como Dios: *¿Quién puede perdonar los pecados, decían los judíos, como no sea Dios?—Para que, pues, sepáis que tengo el poder de perdonar los pecados, levántate, Yo te lo mando.*³ Y dirigiéndose á la Magdalena le perdona todos los pecados que había cometido contra Dios, como deuda contraída por ella con Él, y atendiendo al amor que á Él tiene. Finalmente juzga como Dios: anuncia que vendrá al fin de los siglos, en medio de las nubes, rodeado de poder y de gloria, y que, teniendo á todas las gentes reunidas y temblorosas esperando á sus pies la suerte de cada cual, dictará como soberano la sentencia definitiva.⁴

Y para coronamiento, después de haber tomado todos los títulos de Dios, después de haberse atribuido todos sus poderes, reclama todos sus homenajes. La fe: *Creéis en Dios, creed también en Mí.*⁵ La oración: *Cuanto pidáis á mi Padre en nombre mío, lo haré para*

1 MATTH., V, 21.

2 MATTH., V, 28.

3 LUC., V., 20-24.

4 MATTH., XXV, 31.

5 JOAN., XIV. I.

que el Padre sea glorificado en el Hijo.¹ El amor: quiere ser amado sobre todas las cosas, más que un padre, más que una madre, más que una esposa, más que los hijos, amado con un amor que no ceda ante la muerte. Á los que mueran por Él les dará la vida eterna.²

¿Cómo no sentirse conmovido al pensar en el noble corazón de donde salían tales palabras; en el grande y sublime pensamiento que las pronunciaba; en la conciencia pura, inmaculada, luminosa, en donde se habían formado? ¡El más sabio, el mejor, el más santo de los hombres, resultaría, pues, el más perverso! ¡El más humilde y más modesto resultaría ahora el más orgulloso! ¡El hombre ideal, el hombre típico, el que había tenido todas las perfecciones de la humanidad, sería el más débil! Muy débil en efecto; si no es más que un hombre, él que se identifica, por su voluntad, por su esencia y por sus atributos, con el Dios infinito, en un sentido tan amplio, tan profundo, tan único, que ningún hombre podría hacerlo un solo instante, sin incurrir en blasfemia y en locura! Y las palabras que en labios de otros nos sublevarían, las palabras que causarían horror á las más hermosas almas, las cuales jamás nadie profirió, las encontramos enteramente natura-

1 Id., XIV, 14, 15.

2 MATTH., X, 39.

les en boca de Jesús. Todavía le parecían á Él más naturales. Se hallan tan admirablemente apoyadas por una vida y obras extraordinarias, que los mismos que no creen en Él no se atreven á acusarle de fraude, de vanidad ó de ambición. Esto choca con el humano sentir.

Y si después de todas éstas, se necesitare una prueba de la conciencia que de su divinidad tenía, no exigiría yo otras que su manera de proceder en la ejecución de su gran obra. Para iluminar y curar á los hombres, no tiene más que un medio: consiste en ofrecerse al mundo como objeto de fe, es decir, de amor, de admiración, de adoración; lo cual, para decirlo de paso, supone la conciencia de una superioridad tal, sopena de tal absurdo, que nos vemos obligados á reconocer, en quien así habla, presunción cuando menos en favor de sus derechos á ser adorado por el género humano. Sí, para curar á la humanidad, para curar sus llagas, para elevarla á la virtud, á todas las virtudes, Jesucristo no conoce más que un medio: Él, Él solo, amado, conocido, adorado. Si enseña, no es para exponer un sistema, es para manifestar su espíritu; si sufre, si muere, es para manifestar su amor. Y cuando dice en la cruz: *Todo está consumado*, es que efectivamente ha revelado su alma entera, y que desde aquel momento nada le resta que hacer. Deja en pos de Sí discípulos; mas no se vaya á creer que lo haga

para propagar sus ideas; es para predicarlo á Él mismo, para mostrarlo al mundo, hacerlo brillar como la luz, y, según la misma expresión de que Él se vale, servirle de testigos por toda la tierra. No da otra misión á sus discípulos, y durante dieciocho siglos, su Iglesia no ha cumplido otra.

Con frecuencia se ha intentado establecer un paralelo entre Jesucristo y esos grandes genios que, como Él, han reunido y formado discípulos, y el nombre de Sócrates se ha ofrecido por sí mismo á todos los entendimientos, porque tuvo también el honor de morir por la verdad. Mas la semejanza sólo es aparente; la diferencia es profunda y radical. Sócrates predicaba la verdad; Jesucristo se predicaba á Sí mismo. Sócrates juzgaba ilógica, ilegítima, toda adhesión á su enseñanza que hubiese procedido de la confianza en él, de la admiración tributada á su genio; Jesucristo quería que la convicción de sus discípulos tuviera por base una fe absoluta en su palabra. Sócrates, temiendo ser un obstáculo á la verdad, no se cansaba nunca de anonadarse y disimulaba cuidadosamente su superioridad, digno en eso de eterna memoria; Jesucristo, por el contrario, afirma sin cesar, con imperturbable serenidad, su superioridad absoluta y la necesidad de creer en Él. Si Jesucristo no estuviese muy por encima de Sócrates, debía serle muy inferior. Pero es que el uno en-

seña como hombre, y el otro como Dios. Y valiéndome del famoso giro de Rousseau, diré con gusto: Si la enseñanza de Sócrates y su manera de proceder para llevar las almas á la verdad son de un sabio, la enseñanza y procedimiento de Jesucristo son de un Dios.

VI

Penetramos todavía más. Acabamos de ver que Jesucristo no se había contentado con llamarse Dios, sino que había exigido todos sus derechos y todos sus homenajes. Pero, entre esos homenajes, hay uno que exigió Él con singular insistencia, que de soberana manera obtuvo, y que le señala con un rasgo exclusivo. Quiero hablar del amor que Jesucristo exigió de los hombres; amor tan completo, tan elevado, tan absoluto, tan heroico, que la sola idea de exigirlo supone la conciencia de la más divina de las superioridades, y no se admira uno de que lo haya obtenido, habiéndose atrevido á exigirlo. Y como si todo el buen sentido humano debiera ir por tierra cuando se trata de este Sér extraordinario, al propio tiempo que exigía el amor de los hombres, se profetizaba á Sí propio su odio, un odio tan sublime como su amor. Y lo que Él decía se cumplió. A la vez amado y aborrecido; adorado y escupido; objeto de un amor que llega hasta la locura, y de